

AFINADOR DE CENCERROS.

Por Antonio Diego Duarte Sánchez

Me comentaba hace algunos días un amigo sobre el por qué de mi dilación en alumbrar nuevos artículos. Esencialmente, estuve muy ocupado con un evento que tendrá lugar el próximo año y para el que ya estoy tomando las medidas oportunas: mi vigésimo quinto aniversario de boda. Además, en los ratos que me quedaban libres, meditaba sobre mi futuro una vez que el rey de las Españas me otorgara la honesta missio.

¿Qué haría con mi tiempo libre para que mi mujer no acabase harta de mí y me obligase a enrolarme otra vez?.

Sin embargo, como ver documentales en la tele ha de tener su recompensa, recordé uno que contemplé durante nuestro último viaje, a instancias de mi dilecta cónyuge, para que luego digan...

Daba comienzo con una amplia panorámica de la campiña extremeña, en la España interior. Sobre la amplia dehesa se veía pastar, impertérritas y serenas, a una veintena de vacas. Del cuello de cada una de ellas pendía un cencerro y el narrador nos introducía rápidamente en la problemática del vaquero, a saber, qué hacer cuando algún peligro o un acaso de otra índole separaba uno de los animales de sus congéneres.

El cencerro. He aquí el elemento salvador que permitía al honrado menestral identificar rápidamente al vacuno en apuros. Sobre estas palabras, la toma se aproximaba a una palloza de la que se elevaba una columna de humo que denotaba, sin lugar a dudas, que dentro había fuego.

Y al calor de ese fuego se encontraba nuestro hombre, el maestro de la armonía calcolítica. Un hombre enjuto, de magras carnes y gesto adusto. Calaba sobre sus pobladas e hirsutas cejas una boina recia de pedunculillo aún enhiesto; entre sus labios colgaba un caliqueño de imperfecta cilindrez que humeaba, al menos, tanto como la fogata, obligándole a entornar un ojo y confiriéndole una expresión perennemente dubitativa; el resto de su atavío no nos permitiría ubicarlo en ninguna época en particular y, a su alrededor, al menos una cincuentena de cencerros, bruñidos y de dispares tamaños. Entre sus piernas, sobre un tocón de madera, un yunque; entrabas manos, un cencerro y un martillete.

Emerenciano, el afinador, explicaba con laconismo la importancia de la misión que la Provindencia le había otorgado: "Cada cencerro tiene que tañer distinto para que el vaquero sepa cuál es la vaca u la ternera que se ha ido y por dónde va. Así no tiene que estar todo el rato con la vista puesta en la vacada".

- Pero, ¿hace usted también los cencerros?. -preguntaba el narrador.

- No, señor.-contestaba nuestro hombre- A mí me los traen desde las forjas de los pueblos, con sus cinchas para el cuello y yo les pregunto cómo son los animales.

- ¿Para qué?

- ¡Hombre!, para saber cómo tienen que sonar. No va a ser lo mismo preparar el cencerro para una vaca que para un buey, por así decir.

- Claro, claro. -manifestaba el periodista su aquiescencia con tono entendido.

Y de las palabras, se pasaba a los hechos. Sin duda ninguna, sería imposible llevar a cabo esta labor en lugar distinto a una palloza: Su circularidad complementa los armónicos; el fuego calienta el aire para hacerlo más liviano y conseguir la exacta reverberación de las moléculas; la paja del techo impide que el sonido salga al exterior y quiebre la sinfonía natural producida por la vida silvestre en su lucha por la supervivencia.

Y Emerenciano acerca el cencerro a su pabellón auditivo u oreja, hace pendular levemente el badajo hasta que golpea con suavidad la pared interior del metal. Atiende escrupulosamente el tañido, medita sobre las características de la vaca que obtendrá de ése metal su identidad y, posando el cencerro sobre el yunque, martillea suave y precisamente su superficie. Vuelta a empezar, y así tantas veces como resulte necesario hasta que el tañir del badajo sobre el metal libere las vibraciones exactas.

Entre tanto, no se ha interrumpido la ceñuda concentración y el ambiente en el interior de la palloza se corta con un cuchillo. Y, cuando al fin sucede el milagro, Emerenciano se permite una semisonrisa que eleva imperceptiblemente el caliqueño, una chispa brilla en su ojo abierto y el cencerro es depositado, meticulosamente, sobre un montón de paja. "Ése es para la Facunda" -asevera, como si de un sacerdote sacramentando al neófito con agua bendita se tratara. Y, al decirlo, aún restaba en su gesto un ápice del elevamiento místico, del nirvana védico al que, sin duda, había llegado en ese instante.

Y aquí, queridos amigos, vi la luz y la señal que había esperado durante tanto tiempo: dar identidad al ganado mediante el sonido; afinar esa obra de ingeriería que es el cencerro, perfecto en sí mismo. Alcanzar, en bucólico entorno, a ser tocado por la mano de Dios, que cuida de todas sus criaturas con amable predisposición.

Murcia, a 14 de mayo de 2006